

El catálogo de esculturas ocupa la mayor parte de la obra. Comprende ciento sesenta piezas de ambas localidades. Obviamente son más numerosas las de Venafro. Se trata de un conjunto que no sólo no había sido estudiado, salvo algún ejemplar con *pompa gladiatoria* y algún otro tema «municipal» gracias al estímulo de Bianchi-Bandinelli, sino que en su mayor parte permanecía inédito. Fruto, en su práctica totalidad, de reutilizaciones en construcciones medievales y modernas, aparecido fortuitamente y, en ningún caso, resultado de excavaciones.—ALBERTO BALIL.

WEBER, Winfred, *Die Darstellung einer Wagenfahrt auf römischen Sarkophagdeckeln und Loculusplatten des 3. und 4. Jahrhunderts n. Chr.* Roma, Giorgio Bretschneider, 1979, 4.º, 146 pp., XXXI láms. (= ARCHAEOLOGICA, 5).

Probablemente el hecho de la creciente frecuencia de la publicación de *Dissertationes* alemanas, o Ph. D. americanas en Italia debe ser tan poco ajeno a las circunstancias económicas como el, no menos evidente, hecho de la frecuencia del uso de offset en las tesis británicas o españolas.

Esta disertación (Bonn, 1974) podría, en cierto modo, tomarse como modelo de lo que debiera ser en extensión y concreción de tema, que a algunos parecerá excesivamente monográfico, una memoria de licenciatura.

Esta concreción se expresa ya en el material de estudio, ventiocho relieves, según el inventario de Weber, cuya característica común es el «viaje en coche». El tipo del vehículo puede variar, como el número y edad de los viajeros. Para Weber el prototipo sería un *currus* de dos ejes, dos viajeros y un cochero. Pueden seguir, o preceder, al vehículo criados, a pie o a caballo. El paisaje incluye edificios y construcciones del vehículo, en algunos casos, puede dirigirse hacia una ciudad, indicada por la puerta de una muralla, o salir de la misma. El tipo iconográfico se centra en el vehículo y los viajeros, buena parte del resto es ambiente, complemento o circunstancia, éstos, en algunos casos, parecen ser «retratos intencionales» o de «tipos» mas que, como apunta Weber, incluir elementos fisionómicos.

Todos los intentos efectuados de remontar el inicio del tema a una fase prerromana han tenido el error de partida de considerar idéntico como tema y propósito, la «carrera» y el «viaje».

Wilpert estableció la identificación con el tema de la conversión del tesorero de la reina Candace por el apóstol Felipe, el personaje leyendo en el códex, pero advirtiendo, cosa que se ha olvidado con frecuencia, que algunos documentos no eran susceptibles de ser reducidos a esta interpretación. En realidad, apurando, esta interpretación podría llevarse a una cierta reciprocidad de interpretación, apóstol para el cristiano, *magister* para el pagano, convergente en el sentido de preparación para la otra vida. Para Weber la interpretación sigue basada en el concepto viaje pero este no es ya el viaje al más allá sino el propio viaje personal en esta vida, la jornada que se inicia con el nacimiento, continua con la adolescencia, juventud y madurez para concluir en la senectud y la muerte.

Esta interpretación como «viaje por la vida» adquiere un apoyo no indiferente en la concepción del *cursus vitae* desarrollada por San Basilio en uno de sus sermones. Menos sólida parece la interpretación de lo que se ha designado como paisaje o ambientación cual concatenación de símbolos.

Puede aceptarse que la «ciudad» indique el «inicio», o el «final» del viaje pero la construcción funeraria, recuérdese el *sema* de los paisajes y vistas de Alejandría, y el reloj de sol citado con propósito muy distinto en la descripción de la tumba de Trimalción, o, aun menos, el miliario, que no es tal y sí recuerda el tipo de ciertos monumentos

religiosos que se conservan como ambiente de paisaje y cuyo origen se remonta a ambientaciones de pintura helenística (BALIL, *BRAH*, 146, 1960, 290 ss.), resultan una «señalización» del camino del viaje demasiado reiterativa. Otro aspecto que plantea alguna reserva es la larga solución de continuidad y distancia en el tiempo entre una pieza clave en la argumentación del autor como es el sarcófago del «Museo Nazionale Romano» (HELBIG<sup>4</sup>, III 2394) y el conjunto del material, 270-320 d. C. que mostraría un *floruit* del concepto en un período de tres generaciones.—ALBERTO BALIL.

MOREL, Jean-Paul, *Céramique campanienne: les formes Roma*, École Française de Roma, 1981, 4.º, 690 pp. 240 láms.

La aparición de este libro, anunciado hace más de un quinquenio no ha sido tan sorprendente como su larga demora de impresión. El prólogo lleva fecha de diciembre de 1977, la bibliografía utilizada no es posterior a esta fecha, salvo un trabajo del propio Morel, leído en la reunión de Besançon en 1977, y publicado antes que este libro.

No creo que el contenido de este libro pueda deparar sorpresas para quienes hayan seguido la trayectoria de Jean-Paul Morel a lo largo de dos decenios. El estudio de la «campaniense» del Foro Romano y Palatino (1965) significó el reconocimiento y aceptación, al parecer aún difícil para algunos, de las conclusiones de Doris Taylor al estudiar la «campaniense» de Cosa (1957) que, implícita o explícitamente, venían siendo aceptadas, o comprobadas, por cuantos habían trabajado en Etruria, Lacio y Campania, el sistema «A-B-C» surgido en Liguria y desarrollado en las costas occidentales del Tirreno, no era aplicable a Italia Central so pena de forzarlo de tal modo que resultaba irreconocible e inutilizable.

Una vez establecido y aceptado este hecho el estudio debía plantearse según un nuevo punto de partida, con prioridad a pastas y barnices, y éste fue el de las formas de los vasos, precedentemente subordinadas a aquéllos. A partir de este hecho se observa una diversidad de opiniones que abarca desde el reconocimiento de múltiples producciones locales, p. e. Tipasa (1968), Portugal (1971), Tánger (1969), Ibiza (1970), Marruecos (1968) etc. por yacimientos, Rimini (1969), Roselle (1974) o bien, caso de Morel, estampillas (1969) o formas «típicas» (ya en 1965).

Independientemente, el repertorio de formas habíase incrementado desde 1953 ya como «variantes» ya como «formas nuevas», en algún caso hubiera sido preferible cambiar los términos de aplicación, desde 1954. Basta ver las tablas de equivalencias aquí incluidas (p. 643-646) para advertir que este hecho, independientemente de algún ocasional personalismo, respondía a una realidad. Hasta qué punto podía ser, o no conveniente, intentar remozar un viejo edificio provisional con parches y añadidos era tema merecedor de una cierta meditación pero, curiosamente, apenas fue mencionado (Almagro-Gorbea, 1965). Durante más de un cuarto de siglo la posibilidad de una nueva clasificación ni tan solo ha sido planteada. Este es el «punto», y el mérito de la obra de Morel, una nueva clasificación y, también será el foco de críticas en cuanto a clasificación.

Habitualmente clasificación y tipología se consideran como términos sinónimos pero el concepto tipología se vierte en un contenido estático que le aleja del método de Montelius para convertirse en un repertorio de tipos. Al mismo tiempo se prescinde del factor espacio-tiempo. El caso no es nuevo, una clasificación como la de Dragendorff es una clasificación estática, una clasificación, como las de Loeschcke o Bailey son dinámicas en cuanto se proponen representar una sucesión, no exenta de coexistencias, en el tiempo pero, en el caso de Bailey, concebido en un ámbito geográfico muy definido, la producción italiana («Italian fabric») y su comercialización.